

FINALISTA ESTATAL



EL FINAL DEL CAMINO

David García Domínguez (Comunidad de Madrid)

En una época que no aparece en los libros, que nuestra lengua, antaño atrevida, no se atreve a recordar, existía. Los hombres no recordáis esa época porque no deseáis recordarla. Porque, en los albores de los tiempos, la tuvisteis y la dejasteis escapar. Yo, Tierra, planeta milenario, lo recuerdo, recuerdo lo que tuvisteis, lo que dejasteis escapar. Era un sentimiento, era algo a la sombra de lo que se podía vivir. Era una palabra: felicidad.

Pero quizá no entendáis mi melancólico discurso: os lo explicaré. Desde que, en el frío del espacio, una explosión me dio a luz con un furioso estruendo, he visto pasar generaciones y generaciones de los vuestros, atareados hombres, hoy jóvenes y fuertes, mañana, viejos y encorvados. Érais mis hijos, hijos de mi sangre y parte de mi ser mismo. Eráis mi esencia, mi razón para girar y dar volteretas alrededor del Sol. Hoy sois los hijos de mis lágrimas, vuestro es el reflejo del dolor de vuestra raza. Y sí, digo bien: el dolor. Porque tras vuestra inexpresiva máscara de odio, se esconde, como una bestia temblorosa, el dolor. El dolor por la caída de vuestra raza, porque habéis sobrevivido durante mil, dos mil y tres mil años, y lo hicisteis para sonreír, para llorar quizá... pero hoy, en el día que escribo este discurso, que parece ser el último, parece que sólo lo hicisteis para odiar. Para mataros. Para tenderos trampas entre vosotros.

Hoy soy un mundo brutal, en el que sólo los despiadados y los fuertes tienen cabida. Empezó porque queráis poder. Vuestro deseo se transformó en ansia. vuestra ansia se transformó en un torrente que recorrió el mundo. Y aquí desemboca ese torrente.

Vivís en distantes ciudades, tras muros contruidos por el odio, discutiendo cuál es la mejor de estas metrópolis, cuando, en realidad, todos sois lo mismo: seres cuya bondad se esfumó hace tiempo, a quienes mantiene en pie una oscura energía nacida de la ira, de la que no surge nada sino dolor y tristeza. No podéis olvidar que son mis hijos, que me sobra una mirada para saber que tras vuestra fría cortesía, sólo se esconde el hecho de que no soportáis lo que habéis hecho... y que aún hacéis.

Alrededor de las ciudades hay solo campos de residuos, de basura que vosotros mismos habéis ido acumulando.

Ya ni siquiera existen entre vosotros aquellos que creían en la libertad, en el perdón o en el amor. Vosotros mismos los habéis silenciado, porque no eran capaces de despreciar a los demás.

Y ésta es la causa de mi dolor. Que hayáis olvidado todas estas palabras, que vuestro corazón esté tan vacío de sentimientos. La verdad es que temo que hayáis olvidado el significado de la palabra "redención". Porque, aun oculto por las duras palabras que os dirijo, mi seno está ansioso por acogeros. Quizá vuestra máscara pueda romperse, caer al suelo y fragmentarse en mil pedazos. Y, cuando vuestras lágrimas, y no vuestra sangre, empapen mi piel, os sonreiré.

No obstante, hay algo más que me aflige. Hoy, con esta carta, queridos inquilinos, os pregunto: ¿Sirve de algo el poder por el que lucháis? ¿Sirvió de algo alguna vez? Quizá no.

Entended esto, y aferraos a la mano que os tiendo.